

en el cuarto de Thelismar, cuyas ventanas daban al mar, cuando de improviso oyeron mil voces de alegría, que resonaban por todas partes. Salió Alfonso prontamente para inquirir la causa de tan vivas y ruidosas aclamaciones. Encuentra á varias personas que bajaban en tropel y corriendo la escalera. Empieza á preguntarles, y sin dejar de correr le responden : « Vamos á la playa á ver *los palacios de la encantadora Morgana*. » Vuelve Alfonso á entrar en el cuarto y cuenta á los compañeros esta extraña respuesta. Movidos de la curiosidad abren las ventanas, y presencian un espectáculo cuya hermosura y singularidad excedía á cuanto hasta entónces habian visto. « El mar que baña las playas de Sicilia, hinchándose y levantándose poco á poco, forma en breve una perfecta figura de una dilatada y oscura sierra de montañas, en tanto que las olas que azotan las costas de Calabria quietas y unidas no presentan mas que una superficie lisa : esta última parte del mar se parece á un espacioso y brillante espejo algun tanto inclinado hácia las murallas de Reggio. Entónces apareció en este espejo la pintura mas maravillosa. Se vieron claramente muchos millares de pilastras de exquisita proporción, colocadas con simetría, y despidiendo todas de sí los vivos colores del arco iris. Á breve rato estas pilastras mudaron de figura doblándose á manera de magníficas arcadas, que desvaneciéndose poco á poco se convirtieron en una multitud innumerable de palacios todos perfectamente iguales : á estos palacios sucedieron otra multitud de torres, obeliscos y columnas, y á estas unas selvas inmensas de cipreses y de palmas. » Acabada esta última decoración desapareció aquella brillante escena, volvió el mar á su estado natural, y el pueblo que cubria la playa, aplaudió la decoracion con infinitas palmadas, repitiendo en festivas aclamaciones el nombre de la encantadora Morgana.

¿Con que ya hemos dado, interrumpió Pulqueria, en los cuentos de encantadoras? — No por cierto; este fenómeno como todos los demas que habéis oido, está tomado de la naturaleza. — ¿Pero es verdad que ha habido una encantadora Morgana? — Os he referido lo que decia el pueblo de Reggio : el vulgo en todas partes es amante de fábulas y prodigios, y por tanto los cree fácilmente. — ¿Pero aquellas pinturas mágicas?... — Son efectos de causas naturales. — Ahora sí que no comprendo como hay quien no emplee toda su vida en viajar, leer é instruirse para saber, ó para ver cosas tan

curiosas y agradables. — Alfonso empezaba á pensar como vosotros; la admiracion que le causaban tantos sucesos extraordinarios avivaba su curiosidad, y le hacia desear con ansia una cabal instruccion. Insensiblemente iba perdiendo la aficion á todas las frioleras de que ántes gustaba; reflexionaba mas, hablaba con reserva, y escuchaba con atencion; pero al paso que su reflexion se perfeccionaba, notaba en su conducta pasada culpas cuya memoria le penetraba de un amargo y cruel arrepentimiento. No podia comprender como habia podido abandonar á su padre; el largo silencio de don Ramiro le atormentaba, causándole una inquietud y desasosiego continuo. Deseaba con ansia llegar á Constantinopla, en donde esperaba hallar cartas de Portugal, y aunque amaba con extremo á Thelismar, y tenia casi certeza de obtener algun dia la mano de Dalinda, se resolvió á separarse de Thelismar en Constantinopla si no tenia en ella noticias de su padre, con intento de volver á Portugal, sacrificando de este modo sus esperanzas y toda su dicha á la obligacion mas sagrada de todas. Esta resolucion le sepultó en una melancolía cuya causa en vano procuraba indagar Thelismar, y solo vió que se la aumentaba cuando para disiparla le trataba con mas amor y cariño. Para distraerle de ella hablaba de Dalinda varias veces delante de él con Federico; pero estas conversaciones léjos de mitigar la oculta pena de Alfonso, hacian que fuese mayor y mas intensa. En fin Thelismar se despidió de Federico, y saliendo de Reggio volvió á Grecia; atravesó gran parte de ella, y á últimos de Abril llegó á Constantinopla.

Tuvo allí Alfonso una carta de Portugal, abrióla con un sobresalto indecible; no era de don Ramiro, pero le avisaban que su padre habia vuelto á Portugal, y que tambien habia estado algun tiempo en Lisboa, de donde acababa de salir, diciendo que iba á emprender un viaje de año y medio. Añadian que no se dudaba que don Ramiro hubiese tenido varias conversaciones particulares con el Rey, y que su viaje tuviese por objeto algunas negociaciones secretas; que se creia volviere á ocupar el ministerio á causa de que ocho dias despues de su marcha habia sido depuesto su sucesor y enemigo. El que escribia la carta concluia diciendo, que no habia podido ver á don Ramiro, como Alfonso le habia encargado, porque habiéndose detenido bastante tiempo en Francia, no habia vuelto á Lisboa sino tres semanas despues de la partida de don Ramiro.

Contando Alfonso por la fecha de esta carta que su padre no volvería á Portugal sino dentro de quince ó diez y seis meses, renunció al proyecto de volver á su patria hasta entónces : y en efecto, falló enteramente de posibles no hubiera podido vivir en Portugal todo el tiempo de la ausencia de don Ramiro. Determinó, pues, continuar sus viajes, mayormente sabiendo que ántes de un año habrían vuelto á Europa. Mucho le afligia el silencio de su padre; pero ya cerciorado de su suerte se sujetó con valor á la suya, no dudando que el tiempo y su conducta le volverían al amor y ternura de su padre por medio de su sumision y arrepentimiento. Méno triste y cabiloso volvió á seguir con Thelismar sus acostumbradas conversaciones, y este se manifestó tan contento de la mudanza que notaba, que Alfonso creyó poderse arriesgar á hablarle de Dalinda. Al principio Thelismar se contentó con acordarle blandamente la promesa que le habia hecho. Animado Alfonso con esta tolerancia, reincidió varias veces en la misma culpa, pero viendo que Thelismar se enfadaba de véras, se vió obligado á callar, aunque no sin buscar continuamente las ocasiones de hablar de su pasion, y de quejarse de la estrecha ley que se le imponia.

Habia dado Federico á Thelismar una carta para un griego amigo suyo, que tenia una casa hermosa sobre el canal del mar Negro. No estaba en ella cuando Alfonso y Thelismar llegaron á Constantinopla, por lo cual se fueron á Buyuk-Deré, lugar á ocho millas de Constantinopla, en donde Nicandro (que así se llamaba el griego) pasaba parte del verano con su familia. El dia primero de Mayo á las diez de la mañana llegaron los dos viajeros á Buyuk-Deré. Al entrar en el lugar vieron las calles llenas de jóvenes vestidos con primor, y coronados de flores, cantando y tañendo varios instrumentos; todas las casas estaban adornadas con guirnaldas y festones de rosas, y las ventanas mucho mas con hermosas doncellas griegas rodeadas de esclavas, y ricamente vestidas. Al ver tan hermoso espectáculo se quedó Alfonso embelesado, y Thelismar que sabia las costumbres de la Grecia, le dijo que de aquel modo celebraban todos los años el primer dia de Mayo : que en aquel dia solemne los amantes adornaban con coronas de flores las puertas de la casa de sus queridas, y cantaban debajo de sus ventanas. ¡Qué felices son! dijo Alfonso : sus dueños los escuchan... — Este favor de nada sirve aquí. — ¡Pues qué sucede cuando dos rivales se hallan á la

misma puerta ó debajo de la misma ventana? — Ponen juntos sus coronas, y cantan alternativamente.

Despues de haberse detenido bastante tiempo en la primera calle prosiguieron su camino, y viendo Alfonso á lo léjos una casa mucho mas adornada que las demas, dijo : Aquella es sin duda la habitacion de alguna hermosura muy celebrada. En efecto, al acercarse vió en un balcon dos damas hermosísimas, y cuando estuvieron enfrente de él, el que los guiaba dijo á Thelismar, que aquella era la



casa de Nicandro. Alfonso y Thelismar entraron en ella. Nicandro salió al punto á recibirlos, y despues de haber leído la carta de Federico, los abrazó á entrambos con mucho afecto, manifestándoles el mayor deseo de que se estuviesen en su compañía mucho tiempo. Nicandro y toda su familia hablaban bastante bien el frances, Thelismar lo sabia perfectamente, y Alfonso lo bastante para hacerse entender. Nicandro llamó á sus esclavos, que llevaron á los dos viajeros á una hermosa sala revestida de mármol de Páros, en donde les estaba prevenido el baño. Despues de bañarse los fué á buscar Nicandro, y los llevó al cuarto de Glaphira, su mujer. Estaba esta sentada en un sofá con sus dos hijas Glyceria y Zoe y una anciana venerable, nodriza de Nicandro, á quien segun el uso de los griegos modernos llamaban en la familia *Paramana*, dulce nombre justamente concedido por el agradecimiento, pues significa *segunda madre*. Las dos doncellas estaban magníficamente vestidas;

una y otra tenían unas batas largas, en la cabeza unos velos blancos adornados con franjas de oro y ceñidores costosamente bordados sujetos con hebillas de esmeraldas. Glaphira y Nicandro hicieron varias preguntas á Thelismar acerca de sus viajes, le obligaron á referirles parte de sus aventuras. Á mediodía pasaron á otra sala en donde estaba puesta la mesa, y se sentaron á comer. Á los postres fué Zoe á buscar su lira, y acompañándose con ella cantó varios duos con su hermana. Acabado este agradable concierto Nicandro propuso á sus huéspedes si querían dar un paseo, y salió con ellos de casa.

Condújolos á un espacioso prado, en donde vieron una multitud de zagales y zagalas, vestidos de blanco, y adornados con guirnaldas de flores; casi todos tenían en las manos ramas de mirto y de naranjo. Los unos bailaban al son de la lira, y otros cogían flores cantando las delicias y nacimiento de la primavera. ¿Ven Vds., dijo Nicandro, aquella muchacha coronada de rosas, y mas adornada que sus compañeras? Aquella es la reina de la función, representa á la diosa de las flores, y con el nombre de Flora recibe los tributos y homenajes de toda la gente del campo; pero su imperio es parecido al de la juventud y belleza, durará poco, y su reinado debe acabar con el día. Diciendo esto Nicandro, la reina de la función hizo una seña, á la cual se reunieron al rededor de ella todos los zagales. Entónces una de sus compañeras cantó un himno en alabanza de Flora y de la primavera, y á cada copla repetían todos en coro este refrán: « Bien venida seas, ninfa y diosa de Mayo. » Y despues prosiguieron bailando ¹.

Despues de haber dado algunas vueltas por la pradera, Nicandro volvió con sus huéspedes á casa: encontraron á Glaphira y á sus hijas en medio de todas sus esclavas, ocupadas en bordar, y contando alternativamente algunas historias y fábulas morales. Á pesar de que Alfonso no entendía el griego, gustó mucho de aquella diversion; Zoe era la que estaba hablando á la sazón; Thelismar le habia suplicado que prosiguiese su historietita, y ella obedeció continuando con mucha gracia, que se le aumentó con los vivos colores

¹ Los Griegos modernos han conservado los bailes campestres en honor de Flora. Las mujeres y muchachas del lugar van el primer día de Mayo á bailar en los prados, á coger y esparcir flores, y se adornan con ellas de piés á cabeza. La que lleva el baile está siempre mas adornada que las demas, y representa la diosa Flora y la Primavera. Una de las bailadoras canta: « Bien venida seas, ninfa, diosa del mes de Mayo... »

que le salieron al rostro, y el modesto empacho que manifestaba. Contaba la historia de una jóven próxima á casarse y á dejar la casa de sus padres; pintaba con mucha verdad y expresion el profundo dolor de una hija amante y agraciada que se separa de los brazos de una familia querida. Glyceria su hermana escucha esta relacion con notable sobresalto: de improviso, el llanto que estaba reprimiendo inútilmente, se abre camino, y riega hasta las flores que bordaba. Entónces su madre, que la miraba con atencion, la llama enternecida; se levanta, y anegada en lágrimas corre á arrojarse á sus piés: suspéndese la historia: Nicandro se llega á Glyceria y la abraza amorosamente. Zoe tambien enternecida va corriendo á abrazar á su hermana. Las esclavas manifiestan en sus semblantes la parte que toman en la comun alegría, y Nicandro, pasando luego á una pieza inmediata con Alfonso y Thelismar, les explica el motivo de todo lo que acaban de ver, refiriéndoles el asunto de la historia que Zoe habia contado, y participándoles que Glyceria estaba en vísperas de casarse.

En efecto, aquella misma noche el jóven escogido para ser su esposo envió á Nicandro varias bandejas ricamente adornadas, en que iban las pedrerías y regalos de boda para Glyceria y su familia, y al día siguiente fué á su casa acompañado de todos sus parientes. Entónces se presentó la hermosa y modesta Glyceria. Traía una bata de tela de plata bordada de oro y perlas, sujeta con un ceñidor de diámanes. Sus hermosos cabellos cogidos en trenzas ondeaban sobre las espaldas, y una corena de siemprevivas adornaba su cabeza. Arrojóse llorando en los brazos de su madre; recibió de rodillas la paternal bendicion, que Nicandro pronunció con sumo enternecimiento, pero en alta voz y con entereza, en tanto que la sensible madre, incapaz de poder pronunciar una sola palabra, apretaba entre sus manos trémulas las de su hija, levantando al cielo sus ojos anegados en lágrimas.

Despues de esta tierna ceremonia, reunidas las dos familias y acompañadas de todos sus criados salieron de la casa para ir á la iglesia. El acompañamiento iba precedido de una tropa de músicos y cantores. Iba primero la novia sostenida de sus padres. Timida y temblando caminaba lentamente con los ojos bajos, y las mejillas cubiertas de lágrimas, que en vano procuraba reprimir. Llevaban delante de ella, segun la antigua usanza de los Griegos, la antorcha

de himeneo. Iban detras sus esclavos, su esposo, los parientes y los amigos, y de este modo llegaron á la iglesia. Despues de la celebracion volvieron con mucha pompa los recién casados á su casa, cuya fachada estaba iluminada y adornada á toda costa. Presentaron á todos los convidados copas de vino, y á los jóvenes solteros de ambos sexos ramilletes atados con hilos de oro, diciéndoles : *casaos tambien* : palabras que hicieron estremecer á Alfonso, y poner los ojos en Thelismar. Despues se pasó á la sala del banquete, en donde se bailó hasta média noche ¹.

Sacó Alfonso de esta funcion mucho pesar y tristeza. La memoria de Dalinda, y el temor de no disfrutar acaso jamas de la felicidad que habia presenciado, llenaron su alma de amargura. Muchos dias le duró esta melancolía; pero la novedad y gracia de los objetos que le cercaban, y mas que todo el cariño de Thelismar la desvanecieron insensiblemente.

Todos los dias despues del paseo iban Thelismar y Alfonso á la sala de labor. Glyceria y las amigas de Zoe se reunian regularmente allí. Nicandro explicaba en voz baja á los forasteros los asuntos de los cuentos que referian las muchachas; pero cuando hablaba Zoe, Alfonso estaba mas atento. Várias veces mudaba de puesto con Nicandro y Thelismar para ver trabajar á las bordadoras, y siempre se detenia mas tiempo junto á Zoe. Elogiaba la labor de todas, pero no miraba sino á la suya. Habia vuelto otra vez á dibujar flores, y cada dia le presentaba un nuevo dibujo de bordado. En fin alababa sin cesar el clima, las costumbres y usos de la Grecia, y reputaba á Buyuk-Deré por el sitio mas agradable y ameno que habia visto hasta entónces.

Una mañana que estaba solo con Thelismar, este le alabó mucho su conducta actual. Estoy encantado, querido Alfonso, le dijo, de ver que ya empieza Vd. á dominar verdaderamente su pasion. — ¿Pues cómo? — Sí, no puedo ménos de manifestarle á Vd. el gusto que me causa. De tres semanas á esta parte no he visto en Vd. cosa reprehensible; sabe disimular y superar aquella tristeza que me afligia : le hallo en el trato mas atento, solícito y amable, y lo que le debe á Vd. costar mucho mas trabajo es que ya no me habla de Dalinda. Crea Vd. que sé apreciar todo el valor de un esfuerzo se-

¹ Estas curiosas costumbres se han modificado desde la época en que Mme de Genlis escribió este libro.

mejante. Diciendo estas palabras Thelismar abraza á Alfonso, que lo permite con semblante triste y pensativo, sin responder palabra. Hubo un breve rato de silencio, en el cual Alfonso se paseaba por el cuarto cavilando, cuando de improviso, dirigiéndose á Thelismar, le dice : No, no puedo engañar á Vd.; me contemplaria indigno de los favores que le he merecido si le dejase permanecer en un error... Aquí se detuvo enteramente turbado. — ¿Qué quiere Vd. decir con eso? — Lo que mas siento es que quizá, si me declaro, me pierda... — ¡Perderse Vd. usando de una noble sinceridad! ¿Es posible, Alfonso, que pueda tener ese temor? — Sepa Vd., pues, que mi corazon no se ha mudado; sí, Dalinda solo le ha hecho sensible, y sin la esperanza de ser su hijo de Vd. aborreciera la vida; y no obstante... si he dejado de hablar de ella, y si he estado mas alegre, no lo atribuya á mi razon; todo al contrario...

Ven á mis brazos, interrumpió Thelismar, ven, noble y querido Alfonso : esta prueba de tu confianza y franqueza justifica del todo el grande amor que te tengo. — ¡Oh padre mio, exclama Alfonso, oh amigo el mas indulgente!... — Ya ves, Alfonso mio, prosiguió Thelismar, cuán frágil es el amor cuando no va unido con la tierna y sólida amistad. Dos ojos grandes, negros y hermosos, una fisonomía ingenua, una sonrisa graciosa, y cinco ó seis cuentecillos, que no entendias, han sido suficiente motivo para hacerte olvidar tres semanas enteras el objeto de una pasion que supones tan violenta. — Es cierto que Zoe me divertia y me gustaba; es cierto tambien que ha sido bastante causa para distraerme. No se ofrecia á mi imaginacion Dalinda tan á menudo, pero siempre reinaba en mi interior. — No, Alfonso, te engañas; no tienes aun á Dalinda un amor verdadero, porque no conoces de ella otra cosa mas que su figura. — Pero esa figura es tan hermosa, y anuncia un alma tan sensible... tambien la conozco por sus cartas, por sus gracias, por su amor á Vd., en una palabra, Dalinda es hija de Thelismar : ¿no es esto suficiente para que yo la ame con pasion? — Todo eso no basta para establecer una inclinación profunda y durable, porque no puede haberla tal, sin la confianza y la amistad. Pero volviendo á Zoe, ¿cómo no has echado de ver la impresion que te hacia? — No me paraba á considerarlo. — Conoce, pues, cuáles puedan ser las consecuencias de la falta de reflexion. Mas de dos veces he advertido que Nicandro y Glaphira desaprobaban el exceso de tus ob-

sequios á Zoe. Además, tanto esmero y una preferencia tan notoria, hubieran en breve causado grave perjuicio á la reputacion de la jóven á quien la dedicabas. Poco ha faltado para que hayas llenado de confusion y dolor esta casa, en donde nos tratan con un amor y confianza que exige todo nuestro agradecimiento... Oh cielos, interrumpió Alfonso, me horroriza el pensarlo : en adelante reflexionaré mas ; haré cada dia un exámen el mas severo de mis acciones y de mis sentimientos ; y lo que valdrá mucho mas, le consultaré á Vd., le comunicaré todos mis pensamientos, y este corazon no tendrá ni por un solo instante nada oculto para Vd.

Ahora, dijo Thelismar, debo cumplir una promesa que no he olvidado. Diciendo esto abre una gaveta, saca el ceñidor de Dalinda, y presentándosele á Alfonso le dice : esta prenda es tuya; tú la has conquistado, puesto que prometí volvértela luego que me dieses una prueba de sinceridad... ¡Ah Thelismar, interrumpió Alfonso enternecido, qué ocasion elige Vd.! ¿Acaso me es posible recibir en



esta casa una prenda tan preciosa?... — Sí, con tal que la estimes siempre lo mismo, y conserves los mismos sentimientos... — Pues siendo así puedo tomarla, exclama Alfonso arrojándose á los piés de Thelismar, y recibe de rodillas el ceñidor de Dalinda, besando enajenado de gozo la mano que se lo da. Alfonso, prosiguió Thelis-

mar, este regalo de la mano de un padre no es un don frívolo. En este instante hemos contraído los dos una obligacion sagrada : sí, ahora mismo te adopto por hijo, y te prometo una compañera amable y virtuosa : en ti pende hacerte digno de merecerla, empleando para ello, no una pasion extravagante, sino virtudes sólidas. Acaba, pues, de ilustrar tu entendimiento y de perfeccionar tu razon y genio : de este modo harás ver á Dalinda que sabes amar, y á mí me manifestarás el agradecimiento que debes á mi cariño.

La llegada de Nicandro interrumpió esta conversacion. Alfonso se retiró, y fué á encerrarse en su cuarto para entregarse sin estorbo al exceso de su alegría. Parece inútil decir que desde entónces ya no dibujó flores para Zoe, que no se detuvo tanto tiempo á verla trabajar, y que todas las veces que la buena crianza se lo permitió dejó de ir á la sala de labor.

Á este tiempo tuvo la familia de Nicandro un gran pesar. Uno de sus amigos de vuelta de un corto viaje que habia hecho á la isla de Calki, al llegar á Buyuk-Deré, cayó malo, y murió á los cuatro dias. Nicandro hizo á Thelismar el retrato del amigo que acababa de perder. Le refirió que habia renunciado á todos los honores á que por su estado y parentescos podia aspirar, para entregarse á las delicias del estudio y de la amistad. Este sabio, continuó Nicandro, retirado en una casa deliciosa inmediata á la mia, daba á los pobres la mayor parte de sus rentas, y lo restante lo empleaba en el adorno y conveniencias de su habitacion. Sus inclinaciones eran virtuosas, y sus gustos sencillos. Cultivaba él mismo su jardin : tener gran variedad de flores, criar pájaros formando de ellos una inmensa pajarera, estas eran sus inocentes diversiones. Finalmente, querido de sus amigos, y adorado de sus esclavos, tenia una hermana digna de ser su amiga, que vivia con él, le acompañaba á todas partes, y que nunca podrá consolarse de su pérdida. Mañana es el dia señalado para el entierro de mi desgraciado amigo... Su hermana desventurada hará el duelo durante las exequias. — ¿Pero cómo podrá, dijo Thelismar, tener bastante valor para presenciárselas?... — ¡Ah! replicó Nicandro, Vd. que quiere conocer nuestras costumbres y la naturaleza, venga y asista á esta triste ceremonia, verá la fuerza que puede dar la desesperacion cuando se exhala. El dolor entre nosotros nunca está oculto, ántes al contrario se manifiesta en toda su fuerza. En un pueblo esclavo de las etiquetas y de las costumbres,

el dolor debe ser triste y mudo, pero acá siempre es elocuente y sublime.

Esta conversacion excitó la curiosidad de Thelismar, y no faltó el dia siguiente á ir acompañado de Alfonso y Nicandro á las exequias del amigo de este. Fueron primeramente á casa de Eufrosina (que así se llamaba la hermana del difunto) : entraron en una sala toda enlutada, en donde estaba el muerto en su ataúd con el rostro descubierta y ricamente vestido. Vários esclavos estaban de rodillas al rededor del féretro expresando su dolor con lágrimas y gemidos. Thelismar distinguió entre ellos un anciano que manifestaba mucha mas afliccion que los demas. Nicandro se acercó á él y le habló. Preguntóle Thelismar quién era : Se llama Zaphiri, respondió Nicandro; ha visto nacer al que ahora lloramos, y como está casi tullido de las piernas, la imposibilidad en que se mira de acompañar el cuerpo hasta el sepulcro aumenta su afliccion. Acaba de decirme que ya no le queda mas consuelo en este mundo que el de cuidar de los pájaros y cultivar las flores que eran las delicias de su señor.

Aun hablaba Nicandro, cuando Alfonso y Thelismar se estremecieron al oír acentos interrumpidos y gritos tan dolorosos que les penetraron hasta lo íntimo del corazon. ¡Ah, exclama Nicandro, esta es la desventurada Eufrosina! Al mismo instante entró una mujer suelta el cabello, cubierta de luto, pálida y bañada en llanto; se adelanta con pasos lentos asida de algunos esclavos que la sostienen y llevan casi arrastrando. El carácter augusto de un dolor profundo hace parecer su natural belleza mas majestuosa, y le da nuevo realce; y sus gritos, sus lamentables gemidos tienen una expresion tan penetrante y verdadera que no es posible oírlos sin experimentar á un tiempo la admiracion, el terror y la compasion mas dolorosa.

Entre tanto llega el patriarca con su comitiva. Levantan en el alto el ataúd, empieza el canto fúnebre, y salen de la casa. Despues de haber atravesado el lugar y haber andado un cuarto de legua llegan á un sitio lleno de mausoleos, columnas sepulcrales y cipreses. Luego que Eufrosina advierte el sepulcro preparado para su hermano se estremece, da un doloroso grito, y se cubre el rostro con el velo. Llegan por fin á la sepultura, y hace alto la comitiva; el patriarca pronuncia las oraciones acostumbradas, y despues abraza al muerto. Entónces se aparta, y Eufrosina quitándose el velo se



EUFROSINA LLORANDO LA MUERTE DE SU HERMANO.

(P. 228.)

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
ALFONSO REYES
AÑO 1825 MONTERREY, MÉXICO

adelanta con ímpetu, y cae de rodillas junto al féretro : ¡Oh hermano mio, exclama, recibe el postrer á Dios de tu desventurada hermana!... ¡Con que no he de volver á verte, oh amigo el mas fino y leal de todos!... ¡Hermano mio!... ¿Es este mi hermano?... ¡Infeliz de mí! reconozco todavía sus facciones... Mas, ¡oh inhumano espectáculo! cuando mis lágrimas corren por su rostro; cuando le llamo, y cuando el dolor me acaba, veo en su semblante las inalterables señales de una triste tranquilidad... ¡Ay de mí! esta calma horrorosa es... la calma de la muerte... ¡Hermano mio! sí, ya no eres mas que una sombra... la desgraciada Eufrosina no abraza sino tu imágen... ¿Y será posible que te pierda para siempre?... ¿Desapareces de mi vista y no he de volver á verte? ¡Para siempre me dejas!... ¿Para siempre?... No, no me puedo sujetar á tan horrible separacion : no consentiré que una mano cruel te arranque de mis brazos para arrojarte al sepulcro... ¡Deteneos, bárbaros, deteneos!... No prosigáis en labrar ese asilo tan funesto... Compadeceos de mi dolor... ó temed mi desesperacion. Á este tiempo se adelantó el patriarca para hacer enterrar el cuerpo : Eufrosina prorumpió en un grito espantoso, y sus esclavos corriendo á detenerla la apartan del sepulcro á pesar de su resistencia; pero ya fuera de juicio rasga sus vestiduras, se arranca los cabellos y los arroja en el hoyo... Despues de repente deja de llorar : inmóvil y como insensible, mira atentamente el ataúd puesto ya en el hoyo; pero al ver levantar la losa para cubrirle, comienza á temblar. ¡Oh Dios! exclama. ¿Con que ya mi hermano... para siempre... No puede proseguir; el dolor le embarga la voz y los sentidos, y cae desmayada en los brazos de sus esclavas. Inmediatamente la apartaron de aquel triste lugar, y luego que hubo vuelto en sí, sus amigos y parientes la acompañaron hasta su casa, segun costumbre. Para llegar á ella era preciso atravesar el jardin de su hermano. Lo primero que ve al entrar en él es al anciano esclavo Zaphiri, con una podadera en una mano, y en la otra una regadera. Este objeto hace que Eufrosina se estremezca, y arrojándose á él : ¿Qué haces, Zaphiri? le dice. — Estoy cuidando de las flores que mi señor estimaba tanto... ¡Oh desventurado viejo! interrumpió Eufrosina arrancándole la podadera de la mano, mi hermano ha muerto : en adelante esta casa solo será para nosotros una mansion de llanto y de tristeza... Desaparezcan todos sus adornos y primores... Abre